

LA OBRA PERUANISTA DE ANTONIO RAIMONDI *

Percy Cayo Córdova

Nos convoca hoy la realización de un justo homenaje. El Instituto Riva-Agüero ha querido recordar, en fecha sesquicentenario, a la gran figura italiana del Perú de todos los tiempos: Antonio Raimondi.

Pocos casos se habrán dado en otras latitudes, de un hombre que abrazara con tan sincero y desprendido afán, el estudio de la geografía de una tierra ajena, pero que él supo amar como suya desde los primeros tiempos de su llegada.

Hay en el incansable viajero mucho más que el estudio de un territorio inexplorado; hay el esfuerzo generoso por descubrir muchas cosas nuevas, de entregar a otras generaciones el fruto de sus trabajos para que ellas los continúen; hay también —y esto debemos reconocerlo— un reiterado manejo de datos de quienes lo antecedieron, utilizando siempre sus informaciones, incapaz de desdeñarlos o minimizarlos. Humildemente, se acercó a todos los aportes de quienes habían dejado testimonios de nuestra geografía o nuestra Historia. Muchas veces esos escritos le sirvieron de derroteros, desde los primeros cronistas hasta los viajeros de los años de nuestra primera y convulsionada república. A todos recurrió ameritando, cuantas veces fuera necesario, sus relatos. No dejó de citarlos, incapaz de pretender presentar como propio lo que ya había sido motivo de anteriores estudios, o de presentar como hallazgo exclusivo, lo que ya había ocupado la atención de otros.

Se conjugan así en Antonio Raimondi las mejores virtudes que caracterizan al sabio: respeto al aporte de quienes lo antecedieron, afán de dilatar los horizontes de la materia que estudia, entrega de todo lo que podía ser ampliación de los conocimientos que abrazó; entusiasmo ilimitado por el estudio, aun a riesgo muchas veces de su seguridad personal; intensidad en el trabajo, en la obsesión de no poder alcanzar sus logros; por fin, preocupación sincera por que otros recogieran —y superaran— la tarea realizada.

* Discurso leído en el acto académico celebrado el 25 de noviembre de 1976, con motivo de conmemorarse el sesquicentenario del nacimiento de Antonio Raimondi.

Evocar a este hombre singular es tarea grata. Es acercarse a quien desde muy joven se sintió atraído por las ciencias naturales. Podemos reconocer con facilidad el periplo de sus primeras inquietudes, pues él mismo, en el discurso de su obra, nos ha ido trazando en distintos momentos y en variadas ocasiones, el origen de sus afanes y de su preferencia por nuestro país. Qué suerte para nosotros que entre tantos países donde pudo plasmar su vocación, escogiera la tierra de origen de aquella planta que él viera cortar en una de sus visitas al Jardín Botánico de su tierra natal. Pero dejemos al sabio mismo transmitirnos las sensaciones que vivió aquel día. Son líneas de su insuperable "EL PERU", y que aunque, estoy seguro, conocidas de muchos, y presentes en toda antología raimondiana, bien vale la pena volverlas a recordar: "Un día estando, como de costumbre, en el conservatorio del Jardín botánico de Milán, presencié por una rara casualidad el corte de un gigantesco Cactus peruvianus, el que habiéndose levantado como un monstruoso candelabro hasta el techo del conservatorio, recorría una gran parte de éste, sostenido por medio de cordeles. La mutilación de este patriarca de los cactus, que era una de las plantas de mi predilección, me produjo un vago pesar, como si hubiera sido un ser animado y sensible, y esa extraña circunstancia hizo nacer en mí la primera simpatía hacia el Perú, su patria: presagio sin duda de mi futuro viaje a este país".

Fue así como brotaría la decisión de viajar al Perú, aunque no había sido nuestro país —él mismo nos lo relata en otro pasaje de su obra— de los primeros en quien se posó su imaginación. Pero él nos lo dice —de nuevo— mejor que nadie:

"Después de haber pasado revista a todos las partes de Sur-América, me pareció que el Perú era el país menos conocido hasta hoy. Además, su proverbial riqueza, su variado territorio que parece reunir en sí, en los arenales de la costa, los áridos desiertos del Africa; en las dilatadas Punas, las monótonas estepas del Asia; en las elevadas cumbres de la Cordillera, las frías regiones polares; y en los espesos bosques de la Montaña, la activa y lujuriosa vegetación tropical, me decidieron a preferir el Perú como mi campo de exploración y de estudio".

Tomada la decisión se embarcará en los días iniciales de 1850, llegando al Callao en julio del mismo año.

Venía así a sumar su nombre al de muchos otros italianos que desde tiempos anteriores habíanse hecho presentes en las páginas de nuestra Historia: marinos como Juan Bautista Pastene, en los días iniciales del descubrimiento, piloto mayor del Mar del Sur; viajeros, como Alejandro Malaspina, a fines del siglo de las Luces; el Padre Ludovico Bertonio, estudioso de la lengua quechua; autoridades, como Carmine Nicolás Caracciolo, Príncipe de Santo Buono, virrey del Perú en el cuarto lustro del siglo XVIII; Antonio Ricardo, introductor de la imprenta entre nosotros; José Rossi y

Rubí, Hesperiófilo en sus colaboraciones en el Mercurio Peruano y uno de los primeros en alentar la formación de la Sociedad Filarmónica.

Pero también sumará su nombre al de otros compatriotas suyos, contemporáneos a él, que pasarían a nuestra Historia, como Pedro Luis Storace, maquinista en la corbeta Unión en los días infaustos del Conflicto con Chile y que muere en memorable acción naval en el Callao; Tomás Caivano, historiador del mismo conflicto, y en fin tantos otros, como los heroicos y casi desconocidos mártires fusilados en la mañana del 14 de enero de 1881, pertenecientes a la Compañía de Bomberos Garibaldi.

Esto para no nombrar sino algunas personas que actuaron entre nosotros, prescindiendo de las muchas que sin visitar nuestro suelo, influyeron a través de la ciencia o la literatura.

Pero entre tan pocos nombrados y tantos ausentes de esta brevísima relación, creemos que ninguno llega a alcanzar los merecimientos de Raimondi, cuya obra con razón la llamó Raúl Porras Barrenechea, "la máxima lección de geografía".

Nadie con más derecho que Raimondi para ser llamado el Viajero del Perú. Aunque inicialmente pensó recorrerlo durante diez años, el entusiasmo al que se dejó arrastrar en la tarea, lo haría recorrerlo durante diecinueve.

En carta a su entrañable amigo y discípulo Miguel Colunga, desde Tayabamba, en junio de 1860, le decía:

"No se admire Usted si a pesar de estar cansado y hastiado de tanto andar, me hallo en vísperas de bajar nuevamente al Huallaga, haciendo una marcha a pie de unas 100 legüitas. Qué quiere U. . . el deseo de conocer, puede más que mi cuerpo; de manera que la cabeza arrastra las piernas, en vez de que las piernas debieran arrastrar la cabeza".

De extremo a extremo, de los arenales costeros hasta las máximas alturas cordilleranas, desde los caudalosos ríos de la selva, a las profundas quebradas andinas, con infinita paciencia, provisto de sus infaltables instrumentos y libretas de apuntes, Raimondi fue levantando un minucioso inventario del Perú, como nunca nadie antes había siquiera imaginado; su proyecto no abarcaba campos como la geografía o la meteorología, pero el entusiasmo llevó también al sabio a ocuparse de esas materias.

Su vocación por el estudio lo llevó, pues, a abarcar campos que inicialmente no había pensado. Pero quiso ser preciso y exacto en sus afirmaciones, sin caer en generalizaciones infundadas. "Sucede muy a menudo —dirá— que un viajero visita una pequeña parte de un país y escribe después de un modo general, como si lo hubiera recorrido de un extremo a otro, deduciendo de este modo consecuencias falsas sobre la climatología, etnología, distribución geográfica de las plantas y animales, etc., por la tendencia a generalizar unos pocos hechos particulares". Lejos estuvo nuestro

sabio de tal actitud. Bien comprendía que un país tan extenso y variado como el Perú, con manifestaciones tan diversas, no podía prestarse a un estudio superficial que lo podía conducir —sin duda— al error.

Su afán de ser preciso lo hace confesarnos la desconfianza que tiene en las mediciones que él mismo ha realizado de la longitud de distintos puntos, así como lo hizo llevar consigo su laboratorio, a pesar de lo agreste del territorio, pues juzgaba, por ejemplo, que en el caso de las aguas minerales, al transportarlas largas distancias “muchas de las sustancias contenidas sufren algunas modificaciones”.

Dirá por ejemplo que en el Perú es difícil hacer colecciones completas de plantas “porque como se sabe, cada planta tiene su época en que se desarrolla y da flor, y sería necesario pasar un año entero en cada región para recoger todas las plantas que se suceden en las diversas estaciones del año”.

Por eso marchó por las más variadas direcciones, pudiéndose decir que visitó todo lo que pudo visitar en esos largos 19 años, no limitándose a los lugares más conocidos o los caminos más frecuentados, sino internándose en parajes enteramente solitarios. Quiso ir hasta donde otros no habían llegado, no por un prurito de novedad, sino por el entusiasmo que le despertaba lo desconocido; cuántas veces se desvió de la ruta que se había trazado de antemano, para tomar caminos ignotos, en su búsqueda de constatar un dato o allegarse a una planta que había llamado su atención.

Sólo la profunda vocación del naturalista puede llevar a la comprensión de estos hechos; cuántas veces se sospechó que procuraba algún beneficio económico, pues resultaba incomprensible para quien lo veía internarse por los parajes más desolados, que la sola vocación por el saber fuera capaz de atraerlo a tantos esfuerzos y privaciones.

Sin embargo, tantos sacrificios y riesgos, no lo hicieron expresar jamás una queja. A pesar de haber sufrido tantos contrastes en sus extensos recorridos, como que rehuyera que se pudiera sobrevalorar su obra, considerándose todos los sufrimientos que padeció durante ellos; sólo en una nota al capítulo quince de la Parte Preliminar de “EL PERU” encontramos que señala “los dos únicos percances, algo serios, que he sufrido en 19 años de viajes en el Perú”; se refería entonces a que llegando al pueblo de Yaután encontró tropa que se agitó muchísimo “a las cinco y media de la tarde cuando llegó el correo de Casma anunciando un brusco cambio de gobierno en la capital”; nos relata Raimondi la sobreexcitación de la tropa en esos momentos, la rebeldía contra los jefes, la proclamación de nuevos, los reclamos económicos, la dispersión consiguiente, etc.; el sabio estuvo entonces en peligro por las exigencias que se le hicieron para que entregara sus propias bestias, las que luego de grandes dificultades logró retener, aunque de todos modos perdió uno de sus caballos; sin embargo, sus angustias no habían terminado allí, pues aquella noche mientras dormía fue despertado vio-

lentamente a los gritos de ¡*Muera el comandante!*; era que nuestro sabio naturalista se había recogido en la misma habitación que el comandante de la tropa rebelada y para mayor mal, reposaba en el mismo catre que aquel había ocupado anteriormente; aunque quiso no abrir la puerta para no exponerse a mayores daños, ésta fue derribada por la violencia de los alzados, a los que debió “antes de que cometiesen un acto bárbaro”, —como nos dice él mismo— hablar para que reconociesen que él no era la persona a quien buscaban. “Así terminó una escena que habría podido costarme la vida”, comenta al fin del relato.

La otra oportunidad a que hace referencia, y a la que califica como “el percance más desagradable de cuantos he experimentado de todos mis viajes”, ocurrió hacia 1865, en las inmediaciones del río Apurímac; había visitado ya numerosas localidades, cuando arribó a Pichihua, en la provincia de Canas, donde —como en otros casos— encontró a todos los habitantes— para hacer uso de sus propios términos “en la más espantosa borrachera”. Pero no fue el sabio reacio a vivir de cerca con nuestro indios, aun en esas circunstancias; ni fueron ellas capaces de alejarlo de su voluntad de investigación. Bien sabía que esas conmemoraciones podían durar varios días y que no podía perderlos para el trabajo. Procedió pues a sus tareas, midiendo, analizando, recolectando, anotando.

Estos afanes fueron interpretados por los indígenas como cálculos para imponerles contribuciones o tributos o “para saber el número de reclutas que para el servicio militar puede dar el pueblo”; después de todo para estas gentes esas anotaciones y las cifras no parecían corresponder a otros fines. En un descuido del sabio, los apuntes le fueron sustraídos. Raimondi cayó entonces en un verdadero estado de desánimo, quizá único en sus años de viajes y más de 40 dedicados a trabajar en y para el Perú. Sólo su conocimiento para tratar a nuestras gentes aún en circunstancias tan difíciles lo libró de ser víctima de sus iras. “En ese fatal día, rodeado de indios de mal carácter y exaltados por el licor, peligro muchas veces mi vida y sólo por mi energía y prudencia al mismo tiempo, pude evitar el ser víctima”. Gran congoja lo embargaba. El hecho de que los apuntes sustraídos contuvieran las anotaciones correspondientes a las provincias de Abancay, Aymaraes, Cotabambas, Chumbivilcas y Canas, pueblos todos en los que había padecido grandes sufrimientos, “mayores que entre los salvajes” —como nos dice él mismo— lo embargaba de tristeza y tenía “que hacer un grande esfuerzo de voluntad para hacer cualquier observación”; hasta a sus queridos instrumentos —como los llama— los veía de mala gana.

Felizmente cuando ya se sentía abatido y resignado a tan duro contraste, pudo recuperar las para él inestimables anotaciones, seis meses más tarde, cuando el Prefecto del Cuzco se las hizo llegar. Por única vez en todos sus escritos, llamará a algún pueblo “malhadado”; en este caso a Pichihua.

Como vemos, aunque las referencias pueden haber sido extensas, no pasaron de esas dos ocasiones las que el sabio menciona como percances de sus dilatados viajes. Todo lo arrojó, en la expectativa de conocer palmo a palmo nuestro país, no hubo lugar al cual no llegara por temor, o porque juzgara que estaba muy distante, o porque temiera la acción de los naturales, o porque algunas veces sus guías se negaran a acompañarlo más allá. Nunca lo ganó la fatiga ni el temor, la falta de mayor compañía o el sentimiento del riesgo por enfrentarse a los aborígenes de nuestra selva. Si hasta casi pareciera un chiste macabro cuando nos dice que en sus recorridos por las inmediaciones de la Pampa del Sacramento, se embarcó bajando por "el río Chipurana, sin sufrir más percance que volteársenos la canoa y caer nos al río con todos los equipajes"; otra vez sería un desborde del río Cachiyaco que lo sorprende durmiendo a sus orillas con una terrible inundación causada por imprevisible crecida; a la entrada de Cangallo se romperá al cruzarlo el puente de mimbres que sirve de ingreso a la ciudad, perdiendo dos de sus bestias que cayeron al agua; ni la temible verruga que contrajera en la Quebrada de Asia, pero que se hiciera palpable en las inmediaciones de la Laguna de Orcococha, en las minas de Quispisiza, a casi 5,000 ms. de altura, lo desanimó, y en medio de su convalecencia, ya reemprendía sus trabajos, marchas e indagaciones; en la mina Santa Bárbara en Huancavelica, deberá reptar para penetrar hasta las galerías más profundas y sólo la ausencia de oxígeno que apagaba hasta las velas de que se servía para alumbrarse, fue capaz de hacerle retroceder; muchas veces padeció las indescriptibles dificultades de los caminos, o la falta de éstos; las prolongadas caminatas en la montaña, sin ver el sol en varios días y sufriendo constantemente por la acción de las lluvias; el vadear los ríos para suplir la ausencia de puentes; el soportar las temperaturas más frías, como cuando constata en la Pascana de Uchusuma que el termómetro llegó en la noche a 16° centígrados bajo cero; el trepar por empinados barrancos para llegar a la planta que enriquecería su herbario; la ausencia de alimentos muchas veces; la falta de acémilas que condujeran los equipos o la falta de forraje para ellas; el cansancio que producen las largas marchas y cuántas veces la falta aun de un pequeño lugar llano para tender unas mantas y descansar, debiendo recurrir a dormir casi sobre los árboles; otras veces serán las hormigas las que lo desalojarán, como le sucediera en el Tambo de Isilluma; o las cucarachas que en "correrías devastadoras" ponen en peligro sus colecciones, obligándolo a suspender del techo con hilos muy delgados y resistentes todas las cosas, porque si hacía uso de un cordel un poco grueso, tanto las hormigas como las cucarachas "superan el obstáculo devorándolo todo".

Cuántas fatigas; cuántos sufrimientos y penurias; cuántas incomprendiones; sin embargo, cuánto tesón, cuánto esfuerzo para superar los reveses, cuánta entrega generosa en la búsqueda del saber.

A pesar de tantos contrastes, Raimondi no sólo no cejó en sus afanes, sino que al volver a recorrer los caminos más difíciles, los encontraba agradables, bellos y mejores que la vez anterior, como lo confiesa al relatarlos su marcha de Chancay a Huacho, Supe y Pativilca. A su ya mencionado amigo Colunga le decía en abril de 1859 desde Casma:

“Estos cuatro renglones tienen el solo y único objeto de hacer conocer a Ud. que llegué con carne y huesos a Casma, y que hasta ahora ni los ladrones ni tampoco los ríos me han cargado. La parte más dura del camino ya está hecho porque he pasado el río Barranca tan temido y los despoblados de Pativilca a Huarmey y de Huarmey a Casma”.

Los mayores obstáculos los soportaba con entereza, pues se sentía compensado por la visión de un hermoso paisaje o el hallazgo de un mineral o una roca; otras veces como en el camino de Tambo a San Miguel, en la provincia de La Mar, nos dice: “a pesar de que el camino es bastante malo, me pareció delicioso por la abundante vegetación que me proporcionaba un buen contingente para mi herbario”.

Y no solo eso, sino que cada vez se fue enamorando más de este agreste y difícil territorio. Porque bueno es decirlo, Raimondi fue un enamorado del Perú, de sus bellezas y sus dificultades, de sus anchos ríos y sus heladas cumbres, de sus tórridos arenales y sus cálidas quebradas, de sus gentes, de su fauna, de su flora.

Toda su obra está salpicada de frases elogiosas para este país que abrazó con tanto cariño: si habla de nuestros minerales dirá que “pocas partes del globo serán comparables al Perú bajo este punto de vista”; si a la Etnología se refiere, dirá que “el Perú ofrece el más vasto campo a las investigaciones del etnólogo”; del clima de la selva, del que tanto y tan mal había leído y oído hablar, dirá “que es uno de los mejores”; luego de visitar Moquegua, pasará a Ilo, donde dice “se produce inmejorables aceitunas”; cuando visita la ya desierta población de Ananea, la llama “sin duda la población más elevada del globo”; al visitar, por fin, el olvidado pueblo de Sina y hallarlo tan humilde, dirá que “no tiene nada de importante sino sus sabrosas papas”. Unas frases suyas pueden testimoniar mejor que nada ese cariño por el país que investigaba en medio de tantas dificultades; al finalizar sus viajes por la provincia de Carabaya, en 1864, uno de los más accidentados, nos dice:

“Si es verdad que mucho había sufrido recorriendo aquel mundo primitivo, puedo también decir que mucho había gozado; puesto que allí se habían verificado del modo más completo, los sueños de mi infancia, de ver aquellos empinados cerros, torrentosos ríos e impenetrables bosques, en su estado más virgen, sin huella alguna de la civilización del hombre. A pesar de que salía muy fatigado de tantas correrías y marchas a pie, mi ánimo experimentaba un vago

sentimiento de tristeza, al dejar tras de mí aquel emporio de vida, para subir a la helada región de la Cordillera, y recorrer nuevamente los elevados y desnudos llanos del departamento de Puno”.

Todos estos esfuerzos, en medio de las mayores incomprensiones. “Muy pocos se convencen de que se pueda viajar y sufrir tantas privaciones por el adelanto de las ciencias”, nos dirá; muchos lo creyeron preocupado en obtener alguna ganancia con la venta de publicaciones que podrían significarle riquezas; cuántas veces debió soportar la sonrisa burlona de quienes viéndolo tomar y observar las numerosas piedras que recogía en sus andanzas, le decían:

“¡Señor! esa piedra no tiene oro ni plata, es inútil que busque usted, es peña bruta”. ¡Tantas incomprensiones despertó su quehacer!

Cuántas veces su presencia, que debió parecer extraña y perturbadora para muchos, originó que en sus marchas por el interior, se le cerraran todas las puertas. Pero ni aun así brotó de sus labios o de su pluma una palabra de desaliento o una frase de condenación.

Y qué fácil será para él explicar el motivo de todas sus fatigas: “la verdad es el blanco de todos mis trabajos”.

Por eso no lo desilusionaron las adversidades que su amor a la tarea que realizaba y su comprensión de los hombres, lo llevó a minimizar; antes bien, se acercará a nuestras gentes del interior con cariño y respeto; admirará y resaltará sus virtudes; comprenderá que muchas veces han sido robados, han sufrido el abuso de los blancos, y entonces es explicable que se tornen desconfiados o agresivos, reconocerá en ellos virtudes excepcionales como guías en los ambientes más distantes o para reconocer trazas ya usadas con anterioridad; en sus páginas encontramos el elogio a los indios que lo acompañaron en su viaje por el Ucayali, declarando que siempre los recordará; refiriéndose a los que le construyeron una balsa, que alaba por su elegancia y buena construcción, a orillas del Apurímac, dirá que “jamás había visto gente prestarse de tan buena voluntad”; de nuestras gentes de la amazonía dirá que: “si nunca han tratado con gente culta son como unos niños malcriados, entre los cuales naturalmente unos son de buen carácter y otros de malo. Pero los salvajes verdaderamente peligrosos —continúa— son los que han tenido contacto con los hombres que se llaman civilizados, pues estos con el pretexto de civilizarlos también han invadido sus casas y destruido sus cultivos; los han despojado de sus terrenos y cazado a veces como animales feroces. Estos infelices no han recibido de la civilización sino agravios”; no serán muy distintos sus conceptos cuando relatando sus experiencias en las inmediaciones del Tambo y el Perené, haga referencia a que “los salvajes de Chanchamayo han recibido de los civilizados más perjuicios que favores”.

“Nunca me olvidaré” —dirá— de las reflexiones que le hace un sel-

vícola sobre las mejores virtudes de la cerbatana, que no hace ruido alguno y permite cazar aves una a una, lo que no se logra con las armas de fuego que las espantan.

Así se fue desarrollando la labor de este hombre excepcional; no hubo experiencia que no viviera: desde el disturbio político que pone en riesgo su vida, hasta el terremoto —como el del 16 de abril de 1860— al que llama “ligero incidente”; nos acompañó en nuestra vida republicana, viviendo los días de nuestro primer orden nacional, que transcurre con el inicial gobierno de Castilla; vivirá el auge del guano —al que estudiará por encargo del gobierno—; las críticas a la consolidación y los decretos libertadores del “54”; los días febriles de nuestro enfrentamiento con España que lo entusiasman al constatar la unidad popular; el descuido en el manejo de nuestra riqueza salitrera; los infaustos días del conflicto del 79 y los esfuerzos de los primeros años de la Reconstrucción Nacional. Todo ello lo debió vivir, al margen de su pasión por el estudio; pero no se pudo librar totalmente de las consecuencias; ni quiso librarse. Es recuerdo grato para nosotros, la respuesta dada a quienes le proponían llevar fuera del país sus valiosísimas colecciones para librarlas del saqueo de la ocupación:

“Son del Perú, deben correr la suerte del Perú”, y rechazará los consejos de abandonar el país en esos mismos momentos, aduciendo que consideraba al Perú su segunda patria y que no la abandonaría en los momentos de infortunio que pasaba.

Su amor al Perú, sin embargo, no lo llevó jamás a renunciar a su primitiva nacionalidad. Siempre se proclamó italiano, llamando al Perú su segunda patria; el recuerdo de su Italia estará presente en sus escritos; en su primer viaje explorador a la zona de Chanchamayo, luego de cruzar la Cordillera Oriental, se encontrará con el cautivante paisaje que se presenta al ingresar a Tarma, “cuya hermosa y bella campiña” le hace recordar a la patria.

Su obra fue inmensa no sólo en ese enorme esfuerzo que ha llevado a llamarlo segundo descubridor del Perú. Desde poco después de su llegada, el gobierno, preocupado por conocer mejor la riqueza del extremo meridional de nuestro territorio, le encargará importante misión en Tarapacá. Desde entonces no detuvo su ritmo de trabajo y su mayor preocupación fue que el tiempo le fuera corto y le “faltase la vida” para llevar a cabo los proyectos que se había hecho.

Un último recuerdo esta noche a la rica veta epistolar del sabio y su amigo Colunga. Desde Tacna, en mayo de 1864 le escribió:

“Los años van pasando y necesito aprovechar todavía de las fuerzas que me quedan para acabar de una vez todos mis viajes; de manera que una interrupción sería tal vez la causa de que todo mi trabajo, al que he consagrado juventud, salud e interés, quedara incompleto”. Entonces tenía 37 años, y aún viajaría 6 años más.

Desde su Comisión de 1853 para “examinar el salitre y el bórax” en la provincia de Tarapacá, su trabajo al servicio del país fue ininterrumpido; Informe sobre el Guano en las islas de Chincha, Elementos de Botánica, aplicada a la Medicina y a la Industria, Apuntes sobre el mineral de Hualgayoc, Análisis de las aguas termales de Yura, etc. Pero será el año 1874 el que vea aparecer el primer tomo de su magistral *El Perú, Parte Preliminar*. En 1876 y 1880 aparecerían los tomos II y III; pero aún después de su muerte, muchísimos artículos y trabajos se publicaron, principalmente en los Boletines de la Sociedad Geográfica de Lima que empiezan a salir al año siguiente de su triste desaparición ocurrida el 26 de octubre de 1890. La devoción con que dicha Sociedad abrazó la tarea de dar a conocer los escritos raimondianos, así como los planos parciales del Atlas del Perú que el sabio no alcanzó a publicar en vida, es honra para nosotros y permite conocer su obra casi en su totalidad, en especial sus invaluable *Itinerarios de viajes*, utilizados también por don José de la Riva-Agüero y Osma, en la redacción definitiva de sus Paisajes Peruanos, obra igualmente de viajero y amante del Perú.

La obra de Raimondi estuvo dirigida al mejor progreso y grandeza del Perú. No fue obra de mera erudición. El quería dar a conocer los recursos del Perú y las posibilidades para hacerlos útiles. Nos dirá en “EL PERU” que “uno de los objetos principales de esta obra (es) dar a conocer las riquezas naturales del Perú”; en otro momento subraya que no ha descuidado el estudio de las aguas minerales, por su “incalculable valor” medicinal, restituyendo un gran tesoro perdido cual es la salud, pensamiento en que se vincula con nuestro gran sabio de los días precursores, don Hipólito Unanue.

Es por esta preocupación de poner al servicio de nuestras gentes los resultados de sus infatigables trabajos que pide la ayuda de los jóvenes peruanos e invoca dar tregua a la política para que se consagren a conocer el país “y los inmensos recursos que tiene”; por eso deplora la infeliz participación de la política en la demarcación del país; ella se hace de acuerdo al interés particular de algún representante —dirá— y no para llenar las necesidades de una mejor administración o comercio; por eso lamentará que la riqueza del guano haya concluido “desgraciadamente con poco provecho para el Perú”; incidirá en que el salitre es a la vez “auxiliar y al mismo tiempo rival del guano”; regresando a Lima, luego de un viaje a la región central, se detendrá en la Hacienda Cónsac, de don Demetrio Olavegoya; apreciará allí el excelente ganado lanar, producto de la importación de algunos ejemplares de carneros merinos. “Ojalá sea imitado ese ejemplo por todos los propietarios de haciendas de ganado”, nos dice, lo que juzga sería no sólo ventajoso para los mismos propietarios sino para todo el país; se alegrará en la visita a Chicama de los progresos que se van realizando allí; en Yurimaguas, se llenará de entusiasmo al ver la presencia del vapor Pas-

taza, "mensajero de la civilización"; todo ello y mucho más hallamos en sus escritos; no es una geografía árida y estéril; es una geografía puesta al servicio del hombre, de sus mejores logros.

Eso fue Antonio Raimondi: el hombre que amó al Perú entrañablemente, cuyo nombre está en muchas de nuestras calles y plazas, en un monolito famoso de la más antigua cultura peruana; en la planta excepcional que nos describe con fruición; en una provincia del departamento al que tal vez más cariño tuvo.

A ese hombre sin par hemos querido rendir homenaje esta noche; al nuevo descubridor del Perú, al autor de un libro que en la simplicidad de su título, encerraba toda la grandeza del país que lo acogió con afecto y respeto; al viajero del Perú profundo, que supo convivir con nuestras gentes en las más diversas latitudes; al testigo de sus horas de gloria e infortunio; al estudioso de nuestra selva y defensor de nuestros derechos territoriales, al autor del mejor mapa del Perú levantado en el siglo XIX; en fin, señores, al hombre afable y generoso, a quien el Perú de hoy y de siempre, guarda la mayor gratitud como testimonio de respeto y admiración.